

## BIBLIOGRAFIA

*FAUSTO AROCENA. Diccionario biográfico vasco. Tomo I, dedicado a Guipúzcoa. Editorial Auñamendi, San Sebastián.*

*Guipúzcoa en la historia. Editorial Minotauro, Madrid.*

Me corresponde escribir acerca de Fausto Arocena, que acaba de comparecer en la liza histórica con dos obras de entidad: el primer volumen del **Diccionario biográfico vasco**, dedicado a Guipúzcoa, y un exhaustivo resumen de altísimos vuelos titulado **Guipúzcoa en la Historia**.

Siempre resulta difícil hablar de Arocena. Pero la empresa es difícilísima sobre todo para mí, discípulo que, desde hace bastantes años, gozo del privilegio de convivir con él en comunidad de trabajo y de aficiones.

Por lo tanto yo no diré nada del historiador que es pozo de erudición en cuestiones atañederas a Guipúzcoa, y que, además, añade a esta condición su seriedad y fundamental buen sentido históricos. Dejemos aparte estas dos preciosas cualidades cuyo desarrollo no sería tolerado por mi entrañable amigo.

Necesito, pues, llevar esta nota en otra dirección. Desearía en primer lugar, y refiriéndome concretamente al **Diccionario biográfico de Guipúzcoa**, señalar a los lectores el sobresaliente mérito de la reunión de cerca de mil trescientos asientos biográficos de personajes guipuzcoanos realizado por Arocena.

Mil trescientos asientos biográficos realizados por una sola persona constituye una pasmosa labor de sistematización histórica, cuyas enormes dificultades Arocena explica al comienzo de su trabajo, haciendo al final un innecesario pero conmovedor volatín encomendándose a la benevolencia de los lectores.

Arocena, para sus mil trescientos extractos, bebió en todas las aguas —potables— posibles. Recorrer más caminos en busca de escondidos manantiales resulta materialmente imposible. Porque, además, resalta a simple vista una penosa labor de eliminación. Sólo entre Isasti y Gorosabel reúnen dos mil seiscientas fichas. Apartar las dudosas no es tampoco labor desdeñable.

Esta su preocupación de siempre por la síntesis culmina en su **Guipúzcoa en la Historia**, obra que no dudo en calificar de admirable. Todo cuanto —partiendo de conocimientos a cierta altura científica— puede hoy saberse de Guipúzcoa y hasta del país en sus más controvertidos aspectos, se halla resumido en este libro sereno, a infinita distancia de la pasión política, que, precisamente por esto mismo, descubre pasiones incompatibles con la historia.

Una cosa es la habilidad; otra la probidad. Aquélla —la habilidad—, medida en lances de historia, generalmente trata de sacar victoriosas, tesis preconcebidas de antemano.

La probidad, en cambio, se deja conducir por el mismo dato, a donde el dato quiere llevarle. El pecado de desfigurar la historia con ideas preconcebidas es muchísimo más corriente de lo que parece. Por eso la probidad resulta siempre tan ejemplar.

Y es curioso observar cómo esta misma probidad a veces se ve y se desea para ocultar la indignación que a su sereno ánimo producen las artimañas de la mala fe. El historiador tampoco tiene que ser un témpano. Distingamos entre la objetividad y la indiferencia. Un indiferente nunca hará historia.

Remito al lector a la página donde Arocena, haciendo un aparte, subraya lealmente, con gran viveza, la misma lealtad de su ilustre maestro don Serapio de Mújica cuando éste, sin apelación posible, dictamina acerca del apellido Elcano que, con más que sospechosa intención, algunos, al tiempo de las conmemoraciones centenarias de la primera vuelta al mundo, quisieron convertir en un apodo. Es cuestión de puro sentido común. Por un lado hay la existencia del topónimo Elcano, concretado a tres caseríos, cercanos a Guetaria, en uno de los cuales, **Elcano-goena** (Elcano de arriba), existe tradición de ser lugar de oriundez de la familia del navegante. Por otra parte, a Melchor Cano y Alonso Cano nunca se les ocurrió firmar Melchor **del** Cano y Alonso **del** Cano y eso que tanto el teólogo como el escultor eran bien famosos.

Precioso manual este de Arocena, prodigio de serena condensación y de elevación temática, algo así como un testamento dirigido a la juventud estudiosa de Guipúzcoa. Todo cuanto de esta provincia puede saberse, sin andarse por las ramas, se encuentra en el libro de Arocena. Una obra que, al propio tiempo, generosamente conduce a todos los manantiales deseados por la avidez de los eruditos. Todas las citas deseables se encuentran en estas preciosas lecciones del cronista de Guipúzcoa.

Muchas veces, oyendo a mi amigo en su despacho, sentí el vehemente deseo de una obra que recogiera las lecciones de su cátedra generosa, siempre propicia a darse por entero al primero que llega. Pues bien: estas magistrales lecciones acaban de ser publicadas y se hallan al alcance de todos.

J. A.

JACQUES ALLIERES. *Petit Atlas linguistique basque français "Sacaze", Via Domitia (Annales publiées par la Faculté des Lettres et Sciences humaines de Toulouse)* 7 (1960), 205-221, mapas 1-15, y 8 (1961), 81-126, mapas 16-83.

No es ésta, ni mucho menos, la primera vez que **Via Domitia** ha publicado trabajos de interés para los estudios vascos, pero entre todos ellos es sin duda el que comento uno de los más importantes.

Como su autor, Jacques Allières, no es acaso tan conocido entre nosotros como debiera, no estará de más hacer de él una presentación, aunque haya de pecar de injusta por su seca brevedad. Es, ante todo, un romanista

bien conocido, a pesar de su juventud, por su colaboración en el **Atlas lingüístico y etnográfico de Gascuña**, que dirige el profesor Séguy, y de ella procede, aparte de otros trabajos, la tesis doctoral que ahora prepara. Pero sus inquietudes no han quedado confinadas al campo gascón, por importante que éste sea, y, si ellas le han llevado hasta el georgiano y el griego moderno, no es de extrañar que haya llegado a encariñarse con la lengua vecina y tan afín en muchos aspectos al gascón que es la nuestra. De ello resulta que —prescindiendo de saberes esotéricos que, en contra de las apariencias, son en suma más comunes— reúne en sí dos competencias que pocas veces se dan juntas en los lingüistas actuales: una buena experiencia del trabajo de campo, de la encuesta dialectológica, y un dominio, teórico y práctico, de la lengua vasca hablada y escrita del que soy testigo de excepción. Dejo al lector el sencillo trabajo de deducir las consecuencias que de esta conjunción de técnicas pueden seguirse para el futuro Atlas lingüístico vasco el día en que éste deje de ser, como debemos esperar, un fuego fatuo o un lejano espejismo.

Como prefiguración de lo que ha de ser un día —y pocas veces nos veremos ligados por un imperativo más categórico—, Allières ha emprendido la tarea de cartografiar una buena parte de los datos lingüísticos vascos comprendidos entre los materiales conseguidos en una encuesta por correspondencia dirigida por Julien Sacaze, el erudito autor de **Inscriptions antiques des Pyrénées** (Toulouse, 1892), como secuela de la Exposición Nacional celebrada en Toulouse en 1887. Se trata aquí de la traducción de dos leyendas pirenaicas, la de Barbazan y la de Tantugou, que se obtuvo de los maestros de los distintos pueblos del País vasco-francés —y de una extensa zona de habla romance, naturalmente— con arreglo a instrucciones muy precisas.

Allières menos que nadie podía hacerse ilusiones acerca de la calidad, la homogeneidad y el grado de confianza que merecen materiales reunidos de esta manera, pero, como muy bien señala él mismo, mientras que un romanista dispone para esa zona de datos de muy otra solvencia —los del **ALF** y, sobre todo, los del **ALG**—, no ocurre nada semejante por lo que respecta al País vasco, que sigue siendo poco más que una **terra incognita** para la geografía lingüística. Por eso ha tenido la feliz idea de representar en mapas de notable claridad la distribución espacial de 83 hechos lingüísticos en 145 puntos, lo cual, dada la reducida extensión de la zona, representa una red sumamente tupida. No quiero dejar de señalar que ocho de estos mapas fueron presentados por el autor al Primer Congreso internacional de dialectología general, Lovaina-Bruselas, 1960, como ilustración de su comunicación titulada "**Le Recueil Sacaze et les parlars basques français**".

Las dos leyendas que sirven de base a la encuesta proporcionan, a pesar de su reducido formato, abundante material para ilustrar divergencias de muy distinta clase: área de la oposición u / ü (núm. 1), del paso de **au** a **aï** (**gauza** / **gaiza**, 16, (**h)auzoak** / **aizoak**, 17), desinencia de dativo plural (-**eri** / -**er**, 65), formas alocutivas de voseo (**da** / **duzu**, 9, etc.), áreas léxicas como la de **sor(h)o** / **p(h)entze** "prado" (3) o la de **athe** / **bortha** (55), etc. Aun descontando lo que hay de falta de homogeneidad en las respuestas (en el empleo de las formas alocutivas, por ejemplo) y de elección entre posibilidades diferentes, pero no exclusivas (**toki** / **lekhu** "lugar" y acaso **güne**, 54, etc.), lo que queda, manejado con las necesarias pre-

cauciones críticas, nos da por primera vez una imagen mucho más precisa que los vagos esbozos que muchos hemos tratado de diseñar con datos procedentes de las fuentes más heterogéneas. Por lo que a mí respecta, me hubiera ahorrado muchas molestias y hubiera ordenado de manera mucho más segura y matizada los datos dialectales modernos, de haber dispuesto de este "Pequeño Atlas" al estudiar la fonología diacrónica vasca.

Un comentario, aun ligero, de estos mapas adquiriría muy pronto dimensiones desmesuradas. Me limitaré, pues, con remitir al lector a las reseñas que a la primera parte de este trabajo han dedicado Pierre Lafitte en *Gure Herria* 33 (1961), 124-128, y René Lafon en *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris* 57 (1962), 152-155; ambas serán de gran utilidad para quien quiera manejar estos mapas. Como digresión, me tomaré la libertad de aludir a la rica colección de equivalentes, todos un tanto insatisfactorios, de "lac" en el mapa núm. 4. El aislado **ziphu** junto al frecuente **phutzu** parece sugerir que, como he defendido en otras ocasiones, aquél no es más que una variante de éste: para que el indicio fuera concluyente haría falta, sin embargo, establecer que las dos formas son mutuamente exclusivas, cosa que, naturalmente, este mapa no puede probar.

Lafon recuerda que los resultados de una encuesta parecida (versiones vascas de una adaptación francesa de la parábola del Hijo Pródigo), dirigida por E. Bourciez en 1894-95, se guardan en la Biblioteca universitaria de Burdeos. Cabría acaso recordar las traducciones navarras de la balada **Orreaga** de Arturo Campión, Pamplona 1880, cuyos datos he intentado cartografiar para uso privado. Por desgracia, es difícil concebir un texto, sea cual fuere su valor literario, que resulte menos adecuado para conseguir caracterizar las variedades dialectales tomadas como testigo. Por otra parte, los datos resultan preciosos cuando se trata, como bastantes veces ocurre, de hablas muy mal conocidas y algunas ya extintas.

Mayor valor tienen, por el contrario, los resultados de la encuesta que dirigió la Academia de la Lengua Vasca sobre el terreno, con arreglo a un "Triple cuestionario" ("Erizkizundi irukoitza"), y conserva ésta en su mayor parte. De sus deficiencias he hablado en otros lugares, pero, por grandes que éstas sean, no dejan de ofrecer el mayor interés en el pobre estado actual de la dialectología vasca. No pierdo la esperanza de que algunos de sus datos, cartografiados ya en parte, se publiquen en fecha no lejana. En todo caso, el modelo de este y de otros trabajos semejantes que en adelante se puedan hacer será éste de Allières que ahora nos ocupa: su modelo y también, Dios lo quiera, su motor.

L. M.

**IGNACIO ZUMALDE.** *Ensayos de historia local vasca.* Auñamendi, San Sebastián, 1964.

Todo lo que sale de la pluma de Zumalde es sólido, como corresponde a su prestancia física. Y este complejo de estudios que se arropa bajo el genérico título de ensayo, lo es a toda prueba.

Descuella, claro está, el estudio sobre las danzas de Corpus en Oñate que han atraído la atención de folkloristas que se han visto captados por las originalidades que exhibe en orden a la cultura popular. Este ensayo, que, a pesar del título, puede considerarse obra cabal, es minucioso, docu-

mentado y, a lo que parece, exhaustivo. Parece que no se pueda decir más, a menos que la señora Arizmendi de Iribarren guarde en su cámara fotográfica o en su cámara cerebral sorpresas, de que por otra parte estará ahito el libro que prepara. Pero Zumalde difícilmente se dejará pisar. Las particularidades de una danza tan excepcional las encuadra dentro del panorama coreográfico nacional y ultranacional y están perseguidas por el espíritu investigador de Zumalde con la tenacidad de un cobrador de buenas piezas.

El hacer resaltar el capítulo de las Danzas no quiere decir que se subestimen los restantes capítulos, porque, siendo el autor él mismo, la técnica y el logro quedan garantizados. Así ocurre que, por ejemplo, en el que se dedica a estudiar la biografía de Juan de Lazcano, se llega a establecer que en la práctica se hace un único personaje de quien, bajo el mismo homónimo, está representado con casi absoluta seguridad por dos personajes distintos. Y algo parecido se podría decir en cuanto a los demás estudios.

Libro que merece leerse y, claro está, adquirirse.

F. A.

*KURT BALDINGER. La formación de los dominios lingüísticos en la Península Ibérica.* Editorial Gredos, Madrid, 1963.

El libro cuya versión española actualizada comento, *Die Herausbildung der Sprachräume auf der Pyrenäenhalbinsel* de Kurt Baldinger, 1958, es una obra de utilidad poco común, cuyo carácter y alcance explica claramente el subtítulo alemán: *Querschnitt durch die neueste Forschung und Versuch einer Synthese*. Tomando como punto de partida la imagen nítidamente dibujada por Menéndez Pidal en *Orígenes del español*, el autor se adentra en la problemática, tocante en buena parte a la prehistoria en sentido lingüístico, de los romances peninsulares. El suyo es ante todo un intento de plantear los problemas en sus términos correctos, en orden creciente de dificultad e indeterminación; trata, en otras palabras, de resumir y valorar los resultados de la investigación más reciente antes que de presentar una visión propia y personal de los problemas debatidos. Es posible que, como se establece modestamente en el prólogo, no sea ésta una obra exhaustiva y también que no se haya aprovechado toda la literatura pertinente; en todo caso, no es esa la impresión que recibe el lector en una primera lectura, ya que no se han esquivado las **cruces** y la documentación aducida es abrumadora en su densidad. No es menos impresionante la bibliografía utilizada, artículos en buena parte, que además está lejos de limitarse a lo estrictamente lingüístico. Tan sólo este aspecto accesorio de guía clasificada y razonada aseguraría por sí sólo el interés del libro.

Una breve frase escrita en la forma moderna de las tres lenguas literarias de la Península plantea el tema, porque de la comparación entre las tres versiones se siguen estas tres preguntas: ¿Cómo puede explicarse la posición central del español? ¿Cómo se explica la coexistencia en portugués de innovaciones revolucionarias junto a rasgos muy conservadores? ¿Cuál es la posición del catalán, Jano ambiguo que mira a la vez al norte y al sur?

Sólo la primera recibe respuesta cumplida, en el capítulo dedicado a la Reconquista. Los capítulos siguientes, remontando el curso del tiempo, examinan los resultados lingüísticos de la dominación musulmana primero y de la germánica después. Y, ya en los mismos orígenes, tenemos "La romanización y el problema osco-umbro", "El catalán, lengua-puente", "El gallego-portugués y sus relaciones de substrato con la Aquitania" y "Los problemas céltico y vasco-ibérico".

No es cosa de entrar aquí una vez más alegremente en la discusión de cuestiones disputadas hasta la saciedad y que en parte difícilmente podrán recibir alguna vez solución satisfactoria: baste con señalar que el estado de los diferentes problemas se resume siempre en el libro con amplia base informativa, honradez sin sesgo y clara brvedad. Mejor será si acaso presentar algunas observaciones sueltas relativas sobre todo a los aspectos que tocan más de cerca a los intereses de esta revista, es decir, a los dos últimos capítulos en particular.

A propósito de la conservación de **f-** en aragonés (p. 19), vuelvo a insistir en el hecho —cuya importancia, creo, no se suele señalar lo suficiente— de que, mientras los dialectos vasco-franceses en contacto con el gascón tienen /h/ hasta hoy y la variedad más occidental de la lengua (en Alava, Vizcaya y la Rioja, en estrecha relación con el castellano) conservaba todavía ese fonema en los siglos XI-XIII, fue la variedad vasca vecina del aragonés (las hablas de la Navarra española en términos generales) la que antes lo perdió, a juzgar por los primeros documentos medievales. Según los mismos testimonios, **b-** parece ser aquí el correlato normal de lat. **f-**, lo mismo que de **p-**, **b-** o **v-**: **bago** "haya", **berme** = rom. **ferme** "testigo o fiador", etc.

Sin embargo, la inscripción de Lerga prueba que también en Navarra se conoció /h/, con una distribución muy semejante a la que nos es familiar en los dialectos septentrionales modernos, durante la época romana. Cabe también la posibilidad de que alguna variedad de la Navarra alta, como el baztanés por ejemplo, lo haya conservado hasta tiempos mucho más recientes: cf. acaso **Elgorriaga**, frente al general **El(h)orriaga**.

Aunque el ribagorzano **kimal** "branca d'arbre, cimbal" (p. 22) no sea un espejismo, su testimonio acaso no sea del todo unívoco, puesto que existe **quima** "rama de árbol" en Vizcaya, Santander (donde lo he oído, con sorpresa al principio, muchas veces) y Asturias, y no sólo en vasco. Véase Corominas, s. v. **esquilmar**.

Del mismo modo, **Nun Albariz** (p. 35) me parece poco apropiado para ejemplificar la pérdida de **-o** en dominio castellano, ya que la posición proclítica del primer miembro es del mismo orden que la que explica alternancias como **don, duen / dueño, hi / hijo, man / mano, val / valle**, etc.

Para los arabismos que sólo han pervivido en el Norte cristiano (p. 60 ss.), valdría la pena de examinar, con más detención de lo que se ha hecho hasta aquí, si el vascuence da testimonio de alguno. En otras ocasiones he sugerido que el vasc. occidental **arraa** "palmo" podría tener este origen y creo que H. Berger tenía razón al pensar que vasc. **buthun, gut(h)un, kutun (kuttun)** "carta", "libro", "amuleto", etc., continúa el plural **kutub**. Para **azaga** "postrimería", hapax de los **Refranes y Sentencias** de 1596, cf. **azaga** "zaga, retaguardia" en el Fuero de Cuenca, citado por

Menéndez Pidal, **Cantar de Mio Cid**, s.v. **algara**, cuya **a-**, a ojos de un no especialista, parece susceptible de distintas explicaciones.

Entre los continuadores del lat. **caucum** (p. 89) hay que contar, además de vasco. **kaiku** "cuevo, cuenco o tazón de madera", el alavés **caucu** (o **cauco**) "pequeño hoyo que se abre en algunas hayas para que conserven el agua de lluvia en parajes que carecen de manantiales", recogido por López de Guereñu. En cambio, en contra de lo que suelen afirmar latinistas y romanistas (cf., p. ej., Ernout-Meillet), Kenneth Jackson, **Language and History in Early Britain**, p. 322, nota 3, sienta rotundamente que el galés **cawg**, emparentado con el irl. ant. **cúach**, no procede del latín.

Como ejemplo del paso vasco (dialectal) de **au** a **ai**, **mairu** "moro", tomado de Gamillscheg, es inadecuado, pues en roncalés y suletino, que son los dialectos innovadores, el cambio no se cumple ante **r**: por otra parte, **mairu**, junto al cual se atestigua **mauru**, tiene muy distinta difusión. En realidad, como ya vio Schuchardt, en **mairu**, como en **kaiku** que se acaba de citar, no hay otra cosa que un fenómeno de disimilación, determinado por la presencia de **u** en la sílaba siguiente. Las ideas más generales de Gamillscheg, digámoslo de pasada, adolecen de un vicio radical, que no se le oculta a Baldinger: por notables que sean las coincidencias en la evolución de una parte del sistema consonántico gallego-portugués de un lado y del gascón y el vasco del otro, difícilmente podrá dárseles un fundamento histórico si para ello no hay apoyos más firmes que una novela que tiene más de fantástica que de histórica. Incidentalmente, el ensayo más documentado y crítico para establecer la antigua unidad del Norte peninsular sigue siendo **Los pueblos del norte de la Península Ibérica** de Caro Baroja: claro es que se trata de una unidad de cultura, no de lengua, ya que ésta está claramente contradicha, para la época inmediatamente anterior a la romanización, por los testimonios estrictamente lingüísticos, que separan el Norte indoeuropeizado, como muy bien indica Tovar, de la zona de habla vasca.

Cuando en la discusión —como ocurre aquí en los dos últimos capítulos— se presentan datos y opiniones procedentes de campos científicos diversos, sería acaso conveniente deslindar más tajantemente los terrenos. De ello se seguiría, en primer lugar, que ciertas denominaciones como la de lígur, no quieren decir prácticamente nada en sentido propio lingüístico y que otras, como la de ilirio o ambro-ilirio, pueden significar cosas muy distintas. Es difícil no asentir a lo que C. Watkins, **Indo-European Origins of the Celtic Verb I**, p. 1, escribe sobre ciertas explicaciones de algunos caracteres peculiares del verbo celta: "Without sure knowledge of the presence of such substrate populations, and without any notion of the nature of the languages they might have spoken, such a line of speculation is otiose: it is merely a displacement of the problem, a substitution of one unknown for another." Se vería, después, que muy a menudo los lingüistas, cuando hablan como tales y no por boca de ganso, por una parte, y arqueólogos, etnólogos, etc., por la otra, usan lenguas distintas que, para colmo de confusión, cuentan con mucho léxico común: es decir cuentan con muchos "significantes" comunes, pero que tienen muy distintos "significados". Lo que Bosch-Gimpera, p. ej., mienta cuando habla de los "venetos" —aludidos también en esta obra— poco tiene que ver con el contenido preciso —aunque notoriamente insuficiente— que un lingüista puede y debe atribuir al concepto "venético".

Dentro del mismo orden de cosas, sería conveniente tener presente siempre que la dimensión temporal es un elemento esencial, aunque difícil de fijar con exactitud, de cualquier marbete lingüístico. Se entiende, sin duda, lo que se quiere decir aquí cuando se habla (p. 167) "de celtas en una etapa de éstos en que su lengua no había tomado alguno de estos rasgos característicos", pero cabe preguntar si una lengua que tuviera, p. e., **prtus** "uadum", **tepent-** "calidus", **upo** "sub", **wirom** "uirum" e **wēros** "uerus" puede llamarse céltica. Sería algo así como un francés que tuviera **cabra**, o incluso **capra**, en vez de **chievre**, o un latín que dijera **penque** en lugar de **quinque**, y así sucesivamente.

Acerca de la expansión tardía de gentes de habla vasca, que aquí se trata con bastante extensión, pongo en duda que las opiniones de Gómez Moreno y de Sánchez Albornoz (p. 170 s., nota 211) sean tan coincidentes como parecen a primera vista. El primero sacó ciertas conclusiones del estudio de la onomástica personal indígena, sin duda razonables, mientras no aparezcan testimonios en contrario: nótese, sin embargo, que al hablar de "modernas provincias Vascongadas" extrapola pura y simplemente por lo que hace a Guipúzcoa (donde no se documenta más que un nombre indígena, de aire nada indoeuropeo) y en gran medida a Vizcaya. El segundo, por el contrario, con la vista fija en el presente y en el futuro, más que en el pasado, trata de establecer a toda costa "la frontera perdurable que ha separado dos comunidades históricas dispares", con lo que llega a la conclusión un tanto paradójica —que se cuida mucho de expresar en esos términos— de que los únicos vascos son los navarros. Pero, como ocurre a menudo cuando habla un historiador, no se sabe bien lo que piensa en términos de lengua: ¿la lengua de los vascones era "ibérica", puesto que "estaban profundamente iberizados", mientras que várdulos y carísticos eran de habla indoeuropea en época romana? De los primeros, como se deduce sobre todo de los trabajos de Tovar, más bien se diría hoy que la influencia lingüística que sufrieron fue celtibérica, es decir, indoeuropea.

Por lo que se refiere al vasco hablado al norte de los Pirineos, creo que la situación, basada en indicios más que en pruebas, puede resumirse así: 1) Es seguro que hablas de tipo éuskaro existieron en una parte de Aquitania en época romana; 2) No hay pruebas de que la romanización fuera completa en la totalidad del territorio aquitano; 3) Si tras un hiato documental hallamos que se habla la lengua vasca al norte de la cordillera en la Edad Media, es más económico suponer, a falta de otras razones, una simple conservación que un retroceso y un avance. Esto no es otra cosa que una aplicación del "postulate of least moves" que I. Dyen puso con razón a la cabeza de su teoría de las migraciones.

Esto no significa negar la realidad, bien atestiguada, de movimientos de expansión hacia la llanura, al norte y al sur, durante los siglos oscuros de la Edad Media, aunque estemos bastante mal informados de los resultados permanentes de esas penetraciones guerreras. Lo que no se puede hacer es forzar los textos, práctica que enseñó Schulten y tuvo en Bähr un buen seguidor cuando se tomó la libertad de traducir **de montibus prorumpentes**, en el pasaje de Gregorio de Tours referido al año 587, por **die... die Pyrenäen überschritten**, llegando por tan fácil camino a la feliz conclusión: "por consiguiente, no había antes vascones al norte de la cordillera".

Ciertos planteamientos de tendencia estructuralista (véase, p. ej., p. 175 s.) son mirados por Baldinger con alguna desconfianza, justificada sin duda en parte por el excesivo esquematismo a que puede conducir el espíritu de sistematización. Por lo que se refiere a los "desplazamientos de oposiciones", sin embargo, una vez que se ha llegado a descubrir un criterio firme de pertinencia, pocos se abstendrán de pensar de buena gana que lo único que tiene importancia real en el plano de la expresión son las oposiciones, "conservadas" o "desplazadas", o su pérdida. Para citar un ejemplo concreto, aquí (p. 196) se habla, como es costumbre general, de "zonas conservadoras" en los Pirineos que mantienen todavía las antiguas oclusivas sordas intervocálicas. Yo creo que de los hechos, lo mismo que del pasaje citado de Weinrich, se sigue exactamente la conclusión contraria: que esas zonas, lo mismo que el romance balcánico, son innovadoras en el sentido profundo de que han abandonado la oposición **-pp-** / **-p-**, etc., que en otras partes se ha conservado de una manera o de otra. Del mismo modo, el vocalismo típicamente sardo es menos conservador (mantiene menos distinciones) que el del iberorrománico, al igual que en las oclusivas apicales iniciales el griego (**t-**, **d-**, **th-**) o el itálico (**t-**, **d-**, **f-**) son más fieles al legado ancestral que el celta o el balto-eslavo (**t-**, **d-**).

Sobre el tejón, que también tiene su papel en el folclore vasco, acaso no carezca de interés señalar el top. **Tajonar**, nombre de una población situada no lejos de Pamplona, en otro tiempo en plena zona de habla vasca: doc. **Taisonare** en el Becerro de Leire, cf. gasc. **tachèè** "relativo al tejón", **tachèère** "tejonera". La forma popular, vasca, del nombre (equivalente del genuino **Azonobieta**) debió de ser **\*Taxeare**, a juzgar por el top. moderno **Tasorebide** "camino de Tajonar", recogido por Irigaray.

Entre los rasgos comunes al vasco y al ibérico (p. 198), no puede atribuirse gran peso a la falta de **f**, que se da en las lenguas más diversas. Importa señalar, por el contrario, que el ibérico distinguía dos vibrantes (ninguna de las cuales podía iniciar palabra) y dos sibilantes, que el número de los fonemas, muy reducido en ambas lenguas, era parecido lo mismo que su distribución, que la naturaleza de las principales oposiciones tampoco debió de ser muy distinta. Por otra parte, de los últimos trabajos de Tovar parece seguirse que el valor de algunos índices gramaticales, de forma semejante, era también análogo.

Sobre las lenguas caucásicas se han publicado últimamente en Occidente algunos trabajos importantes: el póstumo de Deeters en **Handbuch der Orientalistik I**, 7 (1963), el de K. Horst Schmidt, **Studien zur Rekonstruktion des Lautstandes der südkaukasischen Grundsprache**, Wiesbaden 1962, en el que también se toca el problema del parentesco del grupo meridional con el septentrional, y el muy interesante resumen crítico de los resultados conseguidos por la investigación soviética debido a Aert H. Kuipers en **Current Trends in Linguistics I, Soviet and East European Linguistics**, La Haya 1963, p. 315-344.

En la bibliografía de esta obra, cuya riqueza ya hemos subrayado, no se hace alusión, si no me equivoco, a la traducción española de **Iberische Landeskunde** de Schulten: **Geografía y etnografía antiguas de la Península Ibérica**, Madrid, Consejo Sup. de Investigaciones Científicas, I (1959) y II (1963).

*JOSE MARIA BUSCA ISUSI. Guía para la recolección. Setas.*  
Zarauz, 1964.

He de confesar que soy micófilo, aunque no pueda presumir de ser micólogo. He aprovechado algunas de mis vacaciones campestres en dar contenido a mis paseos "forestales" mediante la rebusca de setas y hongos. Manejaba, claro está, el álbum de don Telesforo, pozo insondable de particularidades botánicas referentes a esos brotes peligrosos de la naturaleza; pero, por una parte, la titubeante ostentación del color de sus sombreros y lo deficiente de la reproducción cromo-tipográfica de entonces, hacía y hace que no se pueda uno fiar mucho de la representación del color. Y en cuanto al texto se refiere, la extraordinaria meticulosidad del autor y la adopción de un sistema demasiado germanizado, no ayudaban mucho al recolector lego entre los que evidentemente me contaba.

Vino después el librito excelente y hasta "apetitoso" de Buesa, muy prontamente agotado. En cuanto al color, se había llegado al ápice de la exactitud. Lo malo es que las setas no llegan ellas mismas a esa deseable exactitud, ya que su color resulta cambiante por multitud de circunstancias. De todos modos, aunque el puramente científico no había podido adelantar mucho, lo que tampoco entraba en los propósitos del autor, el lego sí que había alcanzado mucho en su deseo de claridad.

Ahora viene Busca Isusi con toda su carga de técnico (licenciado en Ciencias Naturales), sistematizador perfectamente lógico y expositor consiguientemente claro. Con el libro de Isusi se puede desafiar al peligroso armamento de las setas. Gracias a él sabemos, por medio de una exposición que fluye rodada, cuáles son las setas de las que debemos huir a toda marcha: las que tienen volva y anillo, aunque entre ellas se encuentre la quizá mejor de todas las del género, es decir, la predilecta de los césares que sabían algo de eso; pero a ésta podremos echarla al saco o a la cesta, si nos fijamos en que el envés de su sombrero y el tallo están sensiblemente matizados de amarillo a diferencia de las temibles y terribles amanitas faloides y hermanas en intenciones siniestras.

Odrizola, "monstruo" de la bibliografía, añade un apéndice muy documentado al utilísimo libro de Busca Isusi.

**F. A.**

*LUIS SIERRA, S. I. La reacción del Episcopado español ante los decretos de matrimonio del ministro Urquijo de 1799 a 1813.* Separata de "Estudios de Deusto", Vol. XI, n.º 22, julio-diciembre de 1963.

*La caída del primer Ministro Urquijo en 1800.* Separata de "Hispania", (1963), n.º XCII.

No se relacionan demasiado con el carácter de la revista estos dos trabajos del ilustre jesuita donostiarra. Sobre todo, es poco lo que hay que decir del segundo, aparte el interés del autor en recoger todos los hilos de la trama que urdió Godoy contra su sucesor en el Ministerio, consiguiendo en favor de su intento la colaboración de algunas cancillerías europeas, el apoyo de los resentidos por el encumbramiento del "borrico vizcaíno" (en frase del ex-embajador Azara), y la enemiga de la

Corte pontificia, alarmada por el realismo a ultranza de quien firmó el famoso decreto de 5 de setiembre de 1799, pretendiendo llevar al cisma a la Iglesia española, si hemos de admitir la interpretación que le da Menéndez y Pelayo.

Que no eran utópicas las aspiraciones del ministro Urquijo trata de probar, y con acierto a mi entender, nuestro autor en el primero de los libros reseñados. Es lástima que nos dé únicamente los capítulos 3.º al 6.º de una obra más extensa, publicada en diversos números de la acreditada revista de Deusto. Pero en ellos encontramos un buen número de datos inéditos interesantes para la Historia eclesiástica de la región. Nos presenta, en efecto, al obispo de Calahorra, D. Francisco Mateo de Aguiriano, dictando normas para la aplicación del decreto de Urquijo sobre dispensas matrimoniales en su diócesis al margen de Roma, con el comprensible disgusto del Nuncio. A tenor de las nuevas leyes se otorgaron dispensas en Vizcaya y en parroquias de Guipúzcoa dependientes de Calahorra.

Hubo, sin embargo, eclesiásticos que no reconocieron las atribuciones que su prelado se adjudicó en materia matrimonial contra los sagrados cánones y la reverencia debida a la Santa Sede. Cuando los párrocos de Lequeitio e Ispaster fueron procesados por desobediencia a su obispo, salió en su defensa un escritor anónimo a quien el P. Sierra califica de **Catón vizcaíno**. Se me ocurre pensar si no habría que identificarlo con el párroco de Marquina don Juan Antonio Moguel y Urquiza, sin negar la posibilidad de que hubiera en Vizcaya otros muchos eclesiásticos capaces del mismo intento. En 1800 estaba en su plenitud —55 años—, era vecino y amigo —los nombra sólo por el apellido— de los párrocos encartados, y dos años más tarde arremetería en carta a Vargas Ponce contra el heterodoxo tolosano don Diego de Lazcano por un motivo similar.

El trabajo que reseño tiene en este punto una referencia confusa a cierto documento de Andoain. Se trata de una consulta que un desconocido sacerdote, perteneciente a diócesis en que se aplican las dispensas sin recurso a Roma, eleva a un obispo que no es el suyo, preguntando si el párroco que asiste a tales matrimonios no se hará partícipe en el delito cometido por su prelado, consulta evacuada por otro jerarca diocesano anónimo. El documento carece de firmas y no es original; su conservación en Andoain indica únicamente haber sido difundido en copias manuscritas para animar la resistencia de los párrocos. Puede suponerse diocesano de Calahorra el sacerdote consultante, si unas siglas de la respuesta episcopal (**F. de C....**) se interpretan como **Francisco de Calahorra**. ¿Volvemos otra vez a tropezar con el **Catón vizcaíno**, léase Moguel, interesado en justificar su postura anti-episcopal con argumentos emanados de dignidad pareja?

No entiendo la clase de lapsus sufrido por el P. Sierra al calificar esta respuesta anónima de "interesante escrito del obispo de Pamplona, **López de Amo**", siendo así que de 1795 a 1803 ocupó esa sede el Ilmo don Lorenzo Igual y Soria, seguido del Ilmo. Arias y Texeiro. Es cierto que el obispo de Pamplona no debió de darle demasiada importancia al decreto del Ministro Urquijo, pues delegó en su provisor, D. Gabriel Rafael Blazquez Prieto, la tarea de comunicarlo al Diputado general del Clero de Guipúzcoa, según aparece de un papel impreso que se conserva en el ar-

chivo correspondiente; pero de ahí no se sigue que el prelado autor de la respuesta pueda ser el de Pamplona.

Me he atrevido a señalar este pequeño "gazapo" por dejar constancia del interés con que se ha leído el trabajo del P. Sierra, avalado por lo demás con un abundante recurso a las fuentes tanto del archivo Vaticano como de los diversos consultados en la Nación.

S. I.

*LUIS MICHELENA. Lenguas y protolenguas. Acta Salmanticensia (Filosofía y Letras). T. XVII, N.º 2, 84 pgs. Salamanca, 1963.*

Reciente todavía la publicación de su magistral **Fonética Histórica Vasca**, Luis Michelena dio a la estampa este nuevo volumen, el cual confirma una vez más las cualidades que como lingüista posee el director del Seminario de Filología Vasca "Julio de Urquijo" de la Diputación de Guipúzcoa.

Es muy frecuente dejarse arrastrar en estos campos por hipótesis preconcebidas y, hasta cierto punto, es disculpable, dado lo resbaladizo del terreno en que nos movemos. Ese no es el caso de Michelena. Siempre pisa firme y su realismo en el estudio de los hechos despierta cada vez más la confianza en el investigador que le sigue.

Su modestia quita importancia a cuanto elabora, pero adentrado cualquiera en ello, no puede por menos de agradecer esa probidad, esa justicia, esa crítica escueta y definitiva que hace de muchos puntos.

La obra que hoy nos ocupa es la concreción de un conjunto de lecciones desarrolladas en 1961 y 1962 en la Facultad de Letras de la Universidad de Salamanca, de la que el autor es profesor adjunto extraordinario, y son una reflexión sobre los principios y métodos de la reconstrucción lingüística. No trata de formalizar, según nos dice en el Prólogo, las técnicas de reconstrucción en un sentido determinado, sino que busca "comprender en la medida de lo posible lo que implican nuestros métodos a fin de fijar mejor los límites y precisar el grado de confianza que en ellos podemos tener". Y aunque no pretende originalidad, de hecho, en el análisis que hace de las diversas teorías, aparece ésta en más de un punto; si bien, como en Platón resulta difícil con frecuencia delimitar el pensamiento de Sócrates y el suyo original, en Michelena, esa dudada modestia le hace como ocultarse en las citas resultando difícil aquilatar hasta qué punto no es original suyo lo que enmascara con el pensamiento de otros. Esto dice mucho de su probidad científica.

Su trabajo en la obra que comentamos ofrece mayores dificultades por moverse "dentro de la esfera elemental de las primeras operaciones de la reconstrucción", y es indudable que salva los escollos con los que choca generalmente el comparatista: "la limitación de la especialización estricta y la inconsistencia de la dispersión".

Se excusa el autor de acudir con preferencia a ejemplos vascos; es obligado, dada su dedicación, aparte de la importancia que dicha lengua tiene para explicar ciertos fenómenos.

En el capítulo 1, "Historia y prehistoria de las lenguas", insiste en que una lengua "desde el punto de vista diacrónico constituye un sistema

que retiene cierta cantidad de información sobre su propio pasado". "Todo estado de lengua es un sistema ordenado que por su misma ordenación conserva registrado un mensaje que el paso del tiempo vuelve borroso e ilegible". Por ello los estratos de varias épocas que subyacen en las lenguas pueden ser reanimadas dando "cierta dimensión de profundidad temporal a la imagen plana de un estado de lengua dado".

En ese sentido puntualiza algunos extremos que en Meillet quedan ambiguos, y son muy discutibles, relativos a la historia de la lengua vasca, que en algún aspecto se remonta a textos del siglo X y XI (glosas, vocabularios, nombres de persona y lugar), aparte de elementos de época romana en onomástica. Es fácil deducir que no es el caso que le atribuye el autor antes citado; y eso que sus obras a pesar del tiempo transcurrido continúan teniendo vigencia.

La historia de la lengua vasca será corta, en comparación con otras muchas, pero bastante más larga y completa que otras cuya historia data del siglo pasado. Y no se puede decir que los cambios habidos sean no esenciales; lo que ocurre es que son menos notorios que si tuviéramos testimonios diez siglos anteriores, p. ej.; sin embargo nos permiten, cuanto menos, hacer una historia de los sonidos.

Por el mismo carácter de revelación inconsciente que en sí poseen los testimonios de una lengua, tienen prioridad absoluta sobre cualquier resultado obtenido por los procedimientos de reconstrucción. Es decir que para dedicarse a la prehistoria de la lengua hay que adquirir "el conocimiento más exhaustivo posible de los datos disponibles, sin dejar ninguno de lado y sin ahorrarnos molestias en buscarlos y comprobarlos".

El autor analiza los instrumentos adecuados para adentrarse en el campo de la diacronía: la reconstrucción interna y el método comparativo o reconstrucción externa, admitiendo, como es lógico, una cierta regularidad en los cambios lingüísticos, que podemos seguir llamando "leyes fonéticas", aun cuando éstas no lo sean en el sentido de los neogramáticos".

Las lenguas "constituyen objetos más cerrados en sí mismos y más sistemáticos, razón por la que las trabas internas de su estructura imponen ciertas regularidades a la evolución, regularidades que por el mero hecho de haber existido pueden en parte ser descubiertas *a posteriori*. La llamada lingüística inmanente, la que considera a la lengua como un sistema cerrado y en cierto modo autárquico, parece haber ganado la partida en los últimos tiempos".

Frente a Schuchardt, mantiene que la información que una lengua proporciona sobre la prehistoria es información lingüística esencialmente: se refiere a la prehistoria de la lengua, no a la de los que la hablaron. Hechos como el desciframiento del micénico hacen concebir unas lógicas esperanzas (siquiera sean moderadas) en el poder de los métodos de reconstrucción, en los cuales por propia definición sólo se dispone de un único estado de lengua.

Se extiende en cuestiones de método acerca de la reconstrucción, sus escollos, que a veces pueden salvarse acudiendo a la reconstrucción externa o método comparativo, como en el caso de elisión de *-n-* intervocálica en vasco *ardo*, confirmada por préstamos latinos como (h)area, katea.

El autor rechaza la opinión de Saussure de que "nada se puede obtener del vasco, puesto que, estando aislado, no se presta a ninguna comparación" y la rebate porque, precisamente, tal aislamiento no es absoluto.

En el capítulo 2, titulado "las reglas del juego", reseña los principios en que se funda la lingüística diacrónica y el funcionamiento de nuestros métodos de reconstrucción, cuyos resultados están prefigurados en los propios métodos empleados.

Es evidente que la evolución de los sonidos se ha producido en parte según ciertas regularidades que se pueden resumir en fórmulas simples, aun cuando en la práctica las cosas resulten un poco más complicadas, por los diversos condicionamientos. Si en lugar de reconstruir unidades fónicas aisladas, restituimos protoformas valiéndonos de esas unidades como elementos de construcción, aquéllas poseen generalmente propiedades homólogas a las de las formas reales que poseemos del estado de lengua antiguo conocido, e incluso podemos postular formas de un estado antiguo no conocido, que descubrimientos posteriores corroboran.

El autor aclara con ejemplos típicos estas afirmaciones, y no encuentra causa para que haya de rechazarse la existencia de leyes fonéticas, cuando todo el mundo sabe qué se entiende por ellas.

Al hacer la crítica de algunos postulados, propugna otros para los métodos de reconstrucción: el de simplicidad y el de tolerancia, saliendo al paso de las objeciones presentadas por Pulgram a los métodos usuales,

Nuestras reglas son en lo esencial de sentido único y permiten deducir únicamente las formas más recientes partiendo de lo antiguo, no al revés. Sin embargo, por extrapolación podemos postular un estado anterior partiendo de un posterior.

Lo mismo ocurriría con el vocalismo latino si partiéramos de lo español, e igualmente si pasamos a los sistemas morfológicos.

El problema consiste en determinar cuál de los dos estados de lengua, suponiendo que se hallan en línea directa, permite la deducción sencilla y unívoca de las formas del otro, mediante la aplicación de las transformaciones de rigor.

Los esquemas de la lingüística diacrónica funcionan bien en el sentido del tiempo, que es un tiempo irreversible, pero si intentan remontar su curso la indeterminación es cada vez mayor.

No es fácil encontrar en las lenguas alguna magnitud que tienda a aumentar o disminuir al cambiar los sistemas lingüísticos y que se pueda medir la mezcla y confusión de los elementos de un sistema que tiende al estado de máxima probabilidad.

Una lengua se mantiene siempre en un estado altamente improbable, en un equilibrio precario, restablecido a costa de introducir nuevos factores de desajuste en otros puntos del sistema.

En realidad "lo que decrece y se degrada es la información que el sistema lingüístico en su estado presente retiene acerca de estados más antiguos".

El autor se extiende en consideraciones acerca de los sistemas vocálicos en la Rumania, según Dámaso Alonso, para llegar al proto-románico. Así como a los medios de información que sobre sí mismas nos dan

las lenguas cuando se comparan dos o más estados de ellas, que siempre pueden rebasar los de la suma de éstos, gracias a las correspondencias cruzadas. Termina el capítulo diciendo: "La comparación, por desgracia, sin dejar de ser científica, no deja de ser en algunos casos un arte en el que el virtuosismo y la maestría del comparatista desempeñan un papel esencial: es de temer además que ninguna formalización rigurosa llegará a desterrar enteramente este elemento". Por otra parte "además de una larga familiaridad con las lenguas comparadas, se precisa también probablemente un conocimiento directo y minucioso de la cultura de quienes la hablan".

En el capítulo 3, "Métodos y criterios", hace una exposición de los métodos de reconstrucción tanto interna como externa; cuándo deben aplicarse y qué tipo de problemas principalmente le competen (p. ej. hiato entre latín y portugués medieval, entre latín e indoeuropeo, etc.). Así como que los fenómenos están subordinados a una estructura sistemática, donde un cambio jamás está aislado, sino que repercute en el sistema, lo cual da lugar a otro sistema, según Kurylowicz.

Investigación acerca de la "forma canónica" de morfemas y raíces. Valor de las reglas de transformación. Errores en que puede caerse.

"Si lo que queremos restituir es, siquiera sea idealmente, una lengua, habrá que atribuirles (a los fonemas reconstruidos) algunas de las propiedades esenciales de las lenguas reales".

No considera como métodos autónomos los que Bonfante admite, aparte del comparativo; p. ej. el "método del cambio fonológico habitual", el "método de las anomalías", etc.; sino más bien como criterios.

Como fin de este capítulo dice: "En la reconstrucción el primer paso, el que se fundamenta en la admisión de cambios fonéticos regulares, es no sólo el primero y el que posibilita la mayor parte de los demás, sino que además es el que se asienta en un terreno verdaderamente firme. No hay razón para descuidar esta jerarquía".

"Lenguas y protolenguas" es tema del capítulo 4. En él compara éstas intentando aclarar las propiedades que separan radicalmente unas de otras.

"Debemos abstenernos de deducir de las protolenguas reconstruidas propiedades fundamentales de las lenguas reales desaparecidas".

Las características de las lenguas prehistóricas debemos mirarlas en las lenguas que hablamos. Las propiedades generales de las lenguas reconstruidas están en realidad en los métodos empleados para llegar a ellas. Tropezamos con el formalismo. "Los métodos más poderosos habrán nacido, quizá un poco al azar, de la continua ocupación con los objetos y no de una profunda reflexión sobre los métodos mismos".

Se hace eco de las afirmaciones de Coseriu sobre la reconstrucción de formas. En la reconstrucción "la protolengua es el lugar de las formas reconstruidas", y sus fonemas, "como los de una lengua cualquiera, pero más ideal que realmente están integradas en un sistema fonológico: ciertas oposiciones, adivinadas o enteramente ocultas, determinaban sus rasgos pertinentes".

Como "la reconstrucción de cualquier protolengua es por definición

un proceso que está siempre en período de instrucción" los nuevos testigos que puedan aparecer, como en el indoeuropeo, exigen las reformas necesarias en el sistema supuesto.

Trata del carácter unitario atribuido a las protolenguas, en lo fonológico y morfológico, y no está de acuerdo con Pisani de que esa tendencia unitaria sea residuo de los "sueños metafísicos" de Schleicher; lo es por metodología y nada más.

Tampoco admite la propiedad que les atribuye Pulgram de "no ser fonéticas", aunque sí la intemporalidad; bien que pueda establecerse una cronología relativa en ciertos procesos. Y en cuanto a que la glotocronología pueda establecerla absoluta, más bien la considera como un valioso auxiliar de la comparación, ya que lo que no descubra ésta, no lo descubrirá aquélla, aunque tenga utilidad para adivinar o descubrir parentescos; mas no acepta los optimismos de Swadesh respecto al alcance del método glotocronológico.

Tampoco se muestra demasiado de acuerdo respecto al momento cronológico a que puede remontarse la reconstrucción de una protolengua, que siempre será naturalmente posterior a su existencia real en un tiempo.

Dedica el capítulo 5 a las "leyes fonéticas". Precisa el concepto de "ley", que se ajusta a la "generalidad intensiva" de Coseriu.

La regularidad existe dentro de ciertos límites y esa es la condición necesaria de toda reconstrucción científica. Aduce la autoridad de Sapir y los logros obtenidos hasta la fecha.

Relación entre escritura y lengua. Escasa probabilidad de previsión futura en los cambios lingüísticos, por la falta de conocimiento necesario en el condicionamiento de los cambios fonéticos.

Volviendo a la regularidad de las leyes fonéticas, insiste en la nitidez de algunas de ellas, así como de la exigencia de un análisis minucioso y previo en otros casos, e igualmente de los hechos que no se ajustan al esquema general. Hace alusión a la postura de Rodríguez Adrados a este respecto, según su hipótesis sobre las laringales en i. e., afirmando que si se siguen usando esas leyes "a la vieja usanza es porque tienen algún valor, y sobre todo porque nadie ha encontrado algo mejor que sirva para sustituirlas".

En realidad hay en los impugnadores de las leyes fonéticas una "confusión de escalas, porque no se trata de hechos del mismo orden de magnitud".

Compara las conclusiones opuestas a que han llegado con el mismo material el autor antes citado y Menéndez Pidal.

No tiene inconveniente Michelena en concederle a Adrados un valor a sus hipótesis, a condición de "que se acepte también que con ello tienden rápidamente a cero las posibilidades de una reconstrucción solvente. La comparación basada en los cambios fonéticos no es el único instrumento que la reconstrucción lingüística tiene a su alcance, pero es sin duda el decisivo".

Es decir, no se puede negar el valor, todo lo relativo que se quiera, de las "leyes" fonéticas. Alude a las palabras de Martinet, de cómo la

multitud de sonidos de una lengua se reparten en un pequeño número de fonemas; o a las de Coseriu de que la "ley fonética coincide con la sistematicidad de la lengua".

El último capítulo de esta concisa pero densa obra lleva por título "Presente y futuro", y trata de los diversos tipos de coincidencia, difiriendo de Pisani en el planteamiento. Las debidas a la herencia común y las debidas a préstamo sólo tienen sentido en unos estrechos límites temporales. Se hace eco de Benveniste con relación a la afinidad de lenguas y parentesco genético.

A pesar de todas las esperanzas, "no hay posibilidad, con los métodos actuales, de avanzar indefinidamente, pasando de las lenguas a los portolenguas del escalón superior". Además incluso las homologías en los caudales morfológicos de las lenguas emparentadas, al menos con el paso del tiempo, provocan una mayor divergencia entre las lenguas, registrándose el fenómeno inverso en la asociación de lenguas, "Sprachbund".

Divergencia entre los lingüistas respecto a las "lenguas mixtas". No se muestra de acuerdo con Pisani en el caso de la liga balcánica o del inglés con relación al anglo-sajón y normando, o del latín respecto al de Roma y de otras lenguas de la liga, sobre todo las de tipo osco. Que sería el caso del i. e. prehistórico real. Excepto lo dialectal, es más económico suponer que unas lenguas desplazan a otras. En el caso de bilingüismo, el autor insiste en "que tienen (los hablantes) una conciencia particularmente despierta de la diversidad idiomática y más generalmente de todo problema lingüístico". Los procesos a semejanza del "actualismo" en geología, han debido de ser antes como ahora.

Señala la similitud entre la comparación lingüística y la crítica textual, así como el uso que puede hacerse del árbol genealógico de las lenguas, que debe entenderse en su verdadero sentido y alcance. La discusión sobre relaciones entre lenguas poco más que inaccesibles deben centrarse en el plano de los métodos.

Insiste en las dificultades de la clasificación genética; de los tipos fundamentales de comparación y de lo efímero y estéril que resultan las comparaciones a escala mundial. Pone en duda las tentativas de Swadesh en su empeño de buscar un parentesco universal.

Termina afirmando que en lingüística diacrónica se ha conseguido lo actual gracias a las trabas que se ha impuesto. "Estas hay que tomarlas como son y tratar de mejorarlas en lo posible o sustituirlas por otras que resulten más eficaces."

Dentro del limitado número de páginas el volumen que nos ocupa se hace indispensable como resumen de esta actividad de la reconstrucción lingüística, y para estar al día en tal cuestión.

A nadie defraudará su estilo conciso y de meridiana claridad, amén de su ponderación al enjuiciar el trabajo de los demás, aun cuando se muestre en desacuerdo con muchas doctrinas aceptadas generalmente.

Avala el libro una escogida bibliografía.

*Bulletin du Musée Basque*, n.º 23 (3e. période, n.º 1), 1er. trimestre 1964, Bayonne.

No dudamos que para todos los lectores de este **Boletín** ha de ser motivo de plena satisfacción la esperada reaparición del **Bulletin** del Museo Vasco de Bayona. Una publicación periódica, después de un silencio que tantos hemos lamentado, vuelve a ocupar su puesto en las diezmasdas filas de las revistas que dedican atención preferente a los estudios vascos.

Con su agradable presentación de siempre, este primer fascículo de la tercera época tiene, en su brevedad, un interesante sumario, encabezado por unas páginas de Jean Haritschelhar, director del Museo, quien recuerda, tras el paréntesis de veinte largos años, la historia de la publicación y reafirma sus propósitos: L. Barriety, "Les Musées d'Arts et Traditions Populaires et la Culture"; P. Lafitte, "Deux traductions de l'Enfant Prodigue ou Jean de Haraneder revu para Maurice Harriet"; A. Percier, "Arts et traditions populaires. La confection des lignes de crin animal"; Robert Poupel, "Notice sur une **Vue de Cambo prise de la maison Merinenia, 1776**"; "Chronique. La vie du Musée Basque dans les années 1962 et 1963"; "Le Livre d'Or, 1er Janvier 1962-31 Décembre 1963" y "Société des Amis du Musée Basque".

Como el objeto de esta nota no es otro que el de comunicar a nuestros lectores una buena noticia, no entraremos en el examen de los trabajos reseñados. Como, sin embargo, es difícil no hacer alguna concesión a los intereses personales, nos es difícil abstenernos de señalar que el artículo de P. Lafitte, con un estudio minucioso de las dos versiones de la parábola del Hijo Pródigo (Lc. 15, 11-32), pone de manifiesto las diferencias que hay entre la traducción original de Haraneder, todavía inédita, que comprende todo el Nuevo Testamento, y los Evangelios retocados por Harriet y publicados por Harriet y Dassance (Bayona, 1855).

Deseamos de corazón a la revista hermana una vida larga y fecunda, esta vez sin intermitencias.

L. M.